

Acerca de la curiosidad, a propósito de la autoridad

Sobre los efectos y la causa

Armando Ingala

A modo de motivación:

Buscar la razón común no equivale a negar la diversidad de las culturas, las lenguas o los individuos, sino, por el contrario, apostar por un fundamento que los legitime en su singularidad, que muestre a ésta como expresión absoluta de lo universal.

V. Gómez Pin en “Nostalgia de la razón cartesiana”

Parecería que una parte de la sociedad, y los políticos de profesión, sostienen que el orden social y económico mantiene su equilibrio si, a la hora de enfrentar problemas que afectan a la colectividad, lo que hay que hacer es emitir un juicio adverso, lo que podemos llamar un pensamiento negativo, y, luego, en todo caso, impugnar y exterminar el hecho censurado, tal que quede como fórmula imperativa: *combatir los efectos con un desprecio absoluto por las causas.*

Jerarquizar las causas conduce necesariamente a un activo pensamiento crítico y autónomo que no se conforma con lo dado sino que busca razones, acude a los orígenes, hace historia y, sobre todo, es activado por un poderoso deseo de saber.

Introducción a los orígenes:

J. P. Sartre afirmaba que el ser humano está destinado a ser libre. La libertad allí comprendía saber que de entrada es el otro quién da vida al cuerpo propio. Uno se mueve y el otro dice del sentido y la significación.

En el *principio* era el verbo (*) que, en tanto que tal, que *verbo*, condensa palabra-acción-tiempo. Es el verbo creador, original, comprometido, diferente a la actuación reproductiva que provenga de un mandato, o de una norma aprendida.

Primero es la acción presente. Pensemos en la espontaneidad de los niños y las niñas, que realizan actuaciones que sorprenden a los adultos porque perciben un acto de creación, de ingenio, de genio, de inocencia, despertando una ternura alegre. Luego vienen los diferentes relatos que construyan los protagonistas del evento y, si todo circula normalmente (sin censuras ni correcciones científicas o culturales por parte de los mayores), se completa una escena, cuya narrativa quedará para la historia de cada uno de los que han respetado las singularidades. Esto porque primero fue un acto, efecto de algo en principio no evidente, y luego se descubrirán las causas, o, si se quiere, los motivos que permitirán completar el relato.

(*)*Principio*, como acto- tragedia, inaugural. Y *el verbo*, que en la filosofía griega se traduce con el término [*logos*], era usado para describir el agente intermedio a través del cual Dios creó las cosas materiales y se comunicaba con ellas. Verbo o logos aporta la idea de un principio mediador entre Dios y el mundo. Aquí cobra importancia definir el inconsciente estructurado como un lenguaje, y que la fórmula del ateísmo (Lacan dixit) es: Dios es inconsciente, lo que hace buscar las causas en las experiencias actuales, y la significación en la historia del sujeto.

Henri Wallon, escribió *Del acto al pensamiento*. Freud formuló ya en sus primeros escritos que en el desarrollo del ser humano se encuentra primero el acto, la acción, el acontecimiento y luego la significación del mismo. Si se siguen las experiencias, o sea, lo vivido, lo experimentado como propio, se comprueba que todo episodio en que la persona se compromete en *cuerpo y alma*, se origina en un acto -¿espontáneo?- que no revela su causa, pero que cuando se quiere conocerla, comienzan las hipótesis con las que se irán construyendo las causas, y experimentar en éstas está la esencia del acto y, por supuesto, la naturaleza del sujeto que lo protagoniza.

En una organización ordenada, “burocratizada”, con objetivos precisos y trayectos ya trazados y con autoridades jerarquizadas, se dice: “piensa, en lo que debes hacer que ya está establecido, y luego actúa”. Es el atrás, lo anterior, lo ya realizado lo que nos debe guiar; es: “piensa en lo ya pensado y luego actúa”. Nada despreciable en muchas organizaciones y empresas diversas.

Aquí hablamos de lo naciente en el campo de las relaciones personales, íntimas, productivas, profesionales, donde el tiempo está a su favor, porque **no es** el tiempo de la productividad, el tiempo institucional, sino que **es** un tiempo que empieza y, que por lo tanto, debe seguir. Por ejemplo cuando se habla de relación médico paciente o de maestro alumno, o de padres e hijos, donde siempre aparece algo actual, que se presenta como una falta o falla, que sorprende porque es inesperado, pero está allí, es realidad del Otro que se manifiesta. Es *efecto* del vínculo actual, de ese momento que es introducido en el diálogo como pregunta por el Otro, por lo inesperado del Otro. Acción y pregunta que no se agotan en el momento, como un juicio, estableciendo un tiempo, que indica la necesidad de un mañana para seguir el diálogo, para buscar causas, motivaciones, orígenes, y así construir una nueva, actual, experimentada relación productiva.

Es otro tiempo, volveremos sobre ello. El acto presente dice, por lo que falta o falló, que hay un mañana, “toda la vida por delante”, que puede descifrarse contando con la historia, no como modelo, sino como improntas experienciales.

¿Qué es pensar? ¿A qué se puede llamar pensamiento?

En un artificio cronológico llamamos pensamiento a esa acción que acompaña al acto que comienza por una *cosa* que causa curiosidad, se subordina espontáneamente al sentido que ella indica y termina en una significación. Es el pensamiento crítico, el que no se conforma con colaborar con la “realidad” realizada, imaginaria, sino que se preocupa por los orígenes, las motivaciones, por las causas, como único modo de respetar las singularidades y los acontecimientos que se manifiestan como expresión de

los complejos deseos. Es el pensamiento que se experimenta como propio, que forma parte de la experiencia.

Para Freud, la realidad es fundamentalmente realidad psíquica, esto es, subjetividad, **punto de vista**, incluye valores, amores y anhelos. Es lo que cada uno va sintetizando, sedimentando del mundo, de su mundo, a través de determinadas experiencias creadoras de ese mundo. De esta experiencia de creación de la realidad estamos escribiendo. Para el filósofo Xavier Zubiri la realidad no estaba dada “naturalmente”, no existe una aprehensión directa de las cosas que conforman la realidad. Es necesario mediaciones para alcanzar la realidad: mediaciones que condensamos en personajes como la Madre, o la Sociedad, la Cultura, los Maestros.

Cada modo de ver la realidad de las cosas y de los vínculos, es el resultado de respuestas a las **preguntas activas por las cosas**, respuestas sedimentadas como reserva inconsciente del sujeto que, por todo ello, se ha ganado el nombre de **subjetividad**. Esta aporta singularmente las claves para descifrar las cosas que le llegan de los otros y del mundo circundante.

Pienso, luego...según

Hemos adelantado que habitualmente se llama *pensar* a lo que ya está organizado como pensamiento, en este sentido decíamos: “piensa antes de actuar”, pero, cuando se trata de causas y sobre todo de aquello que afecta a la relación con los otros, el pensamiento, reconoce que es causado por un enigma, por algo sorprendente o fuera de lugar (en comparación con el lugar esperado). Es un pensamiento que cobra vida afectivamente por sentir esa pequeña angustia vital que provoca lo que “no esperaba de ti”. Pero acepto que hay “algo en ti más que tú”, que te realiza, que te hace presente y que aporta certeza vital a nuestra relación, donando un presente que dice que hay mañana y que viene desde muy lejos en la historia. Este proceso da novedosos sentidos a los vínculos en juego.

Y así, cada acto tiene su causa, su origen en la radical diferencia que, si se tiene la suerte de percibir, *aparece* en el Otro: desde los enigmas de la sexualidad, del amor, del cuidado, hasta la posibilidad de su muerte. *El filósofo Zubiri y el psicoanálisis pueden afirmar que en esa condición radica el origen y el ejercicio de su libertad.*

Origen de la pregunta, la pregunta por el origen

Cuando a uno le ocurre algo inesperado, que sorprende, que interrumpe el esperado equilibrio diario, ordinario, tácita o implícitamente despierta una pregunta dirigida a un interlocutor interno, pensamiento, o dirigida a otro que piensa y en quien se confía porque se le supone un saber. Otro, pero no cualquiera. El otro que se ha ganado la **autoridad** para ser receptor de la pregunta por la cosa encontrada, imprevista. Otro del que me he dotado, me he ganado porque ya lo he puesto a prueba en momentos de perplejidad frente a las cosas y que me lleva a confiar, a contar con él o ella.

Todo lo que interrumpe una sucesión en marcha, y que llamamos contingente porque detiene la sucesión lógica esperada, es lo que define un verdadero encuentro, no buscado, en tanto es algo que llama la atención por su condición de *fuera de lugar*. Justamente lo que puede convocar la pregunta por la causa es este fuera de lugar.

Los sueños suelen presentarse como un texto raro, enigmático, falto de lógica, es entonces que surge la pregunta por el sentido y su significado. Se lo interpreta como si fuese portador de un mensaje, o revelador de un deseo oculto, como respuesta a la pregunta acerca de qué significa. También el pensamiento se dirige *naturalmente* a pensar qué lo ha causado, que lo ha instigado. Los sueños, como muchas rarezas que nos suceden, suelen desafiar al pensamiento comprensivo habitual, realista y lógico. En la vida cotidiana nos encontramos con muchas producciones *raras* que no dejan de sorprender y causar perplejidad, lo cual provoca dos modos de respuesta: una consiste en manifestar un rechazo seguido de un juicio rápido que intenta eliminar lo extraordinario y retornar al discurso ordinario; otra respuesta, pero ya no en solitario, consiste en introducir lo extra en lo ordinario por medio de la *pregunta* por ello.

Las cosas raras, *lo raro* compone esa categoría de hechos que ocurren a las personas y que se han ganado el mérito para ser pensados.

La pregunta por el Otro, la pregunta al Otro.

El circuito sería el siguiente: una persona en el momento de estar en relación con otro, se encuentra con un algo que le sorprende; algo que sin duda es el *efecto* de una *causa* que se ignora. Se pregunta *¿qué dice? ¿Qué es esto?* Esta ignorancia es el motivo más importante para generar inquietud y perplejidad, sentimientos que interrumpen, paralizan la continuidad del diálogo. La persona en sus preguntas ya cuenta con otro, sin el cual no se produce la pregunta y, además, si se sabe escuchar, tiene un esbozo de respuesta sin el cual tampoco se sostendría la pregunta. Respuesta fantaseada, irracional o ilógica, pasional, o como sea, pero tiene un bosquejo de argumento para situar el *efecto*.

Freud, en *Teorías sexuales infantiles*, ha demostrado que los niños y las niñas, en una hiperactividad natural, no paran de preguntarse, de abordar enigmas sobre las cosas, las personas, las relaciones. Que cuando se las formulan tienen la necesidad de contarlas a un adulto, quien, *si sabe respetar* la creación que implica la construcción de un esbozo de respuesta a un enigma, gana autoridad para ser reconocido como persona confiable, respetable, de gran importancia para la vida del niño y también del adulto.

Los niños aprenden a respetar a las personas que los *cuidan*, dice Freud y, es así, la experiencia confirma que el *cuidado* se extiende a custodiar como obra de arte, a no destruir, las creaciones espontáneas de los niños y de las niñas. En estas escenas se juegan la dignidad y el prestigio de ambos interlocutores.

Cicerón apuntaba al *cuidado* del amigo que, si es tal, se lo intenta comprender, no enjuiciarlo.

¿Son simplemente reglas de buena conducta, de buena educación? El respetar, cuidando la presencia real del otro, es lo que da forma esencial a la relación, al porqué de la existencia. *Por qué existo* es inseparable de *para quién existo*, motivo central que impulsa a los vínculos sociales y, en síntesis, hace su aportación a la exigencia de un *sentido de la vida*, pero partiendo del sinsentido de la vida.

De la cosa a la causa

Sentido y vida

Parece obvio que la curiosidad empieza cuando uno tiene la suerte, la fortuna de percibir la cosa que la causa. Esa cosa que aparece como *extra*, suspende el discurso *ordinario*. Acompaña a esta escena un sentimiento de perplejidad.

La curiosidad, como se ve, implica un compromiso con la existencia, con el lugar que se tiene en el *corazón* del Otro, siempre es acompañada por un esbozo de respuesta. Este esbozo, boceto de la relación que se está creando, actualizando, tiene como condición que se exponga dialécticamente. La condición la impone el deseo y es que se exprese en palabras, y, siguiendo lo lógico que orienta la **causa**. Esta acción de deseo, defiende lo que un momento antes era el amor con sus exigencias de inmediatez, de incondicionalidad, de pruebas de amor que necesariamente fracasan. La introducción del deseo re-novando, haciendo renacer la relación, preserva la base fundamental del amor, al que, como el primer amor siempre se vuelve...si el deseo impide su muerte por inanición. En esta acción de deseo se renueva el sentido de la vida, cuyo origen lo reconocemos en ese algo, cosa o causa.

Con Freud afirmamos que la única institución que puede afirmar el sentido generalizado de la vida es la religión. La vida cotidiana demuestra que, si de la frase “sentido de la vida” se separa *sentido* por un lado, como causa, como curiosidad, como presente sorprendente, la *vida* se actualiza en nuevas realidades.

Si todo empezó en un *efecto* borroso, raro, intempestivo, no efectuado del todo, que propone que debe de haber una *causa*, tampoco muy formulada aún; y si el otro es **necesario**, debemos jerarquizar el orden que propondrá precisamente el deseo del Otro, de los padres y madres, en sus orígenes, y de las personas que se han ganado una autoridad con sus cuidados.

Acerca de la curiosidad, motor de la pregunta y del corazón de la relación

La curiosidad, se comprueba permanentemente, **es el corazón de la vida en relación** y, si, como insistimos, es impensable un ser humano que no sea en relación, podemos concluir que la curiosidad es el corazón de la vida y de la existencia y que si se detiene se muere la vida de uno y de los otros. La vida pierde sentido. Pero como el corazón, no puede pararse mientras sigue la vida, tendremos que rastrear en los niños y las niñas, y

en el amigo, de qué diferentes modos –síntomáticos, equivalentes- nos exponen a la insistencia inagotable de sus preguntas y a sus esbozos de respuestas.

Peguntan o manifiestan malestares

(O sea, que) La pregunta por aquello que la causa, o es directa, formulada en palabras o en teorías, o hay que detectarla por los *síntomas de la curiosidad* que de todos modos se manifiesta. O se escucha la pregunta o *es necesario estar atento para interpretar que en las conductas raras o caprichosas de las personas se encierra el intento de formular a Otro sus preguntas*.

Muchos padres y madres y maestros detectan *síntomas de la curiosidad* en los niños y las niñas que, si se han dotado de la logística necesaria –si cuentan con personas con quienes compartir los enigmas que lo ordinario presenta en las relaciones con los hijos o con los alumnos- pueden abordarlos y fertilizar el vínculo, ganando autoridad y dando un sentido actual, renovado, a la relación, *más allá* de los planes de educación y cuidados materno paternos que el cotidiano ordena.

El corazón se congela

La falta de esa logística para sostener la pregunta o el síntoma de la curiosidad, determina que los síntomas detectados pasen inmediatamente, previo proto-diagnostico de “anormalidad”-como la cultura ordena-, al médico, al psicólogo, al psiquiatra y otros expertos con títulos habilitantes para abordarlos como “enfermedad” y en tanto que tal a tratarla, para curarla y eliminar el síntoma, con fármacos y medidas generales higiénico-culturales.

Más allá de la ironía que este párrafo contiene como pequeña licencia humorística, sí, pero haciendo alusión a la verdad, afirmamos que contamos con el arsenal que la cultura ofrece para tratar a nuestros niños, niñas y amigos.

Si como hemos descrito los *síntomas de la curiosidad* se revelan como rarezas que interrumpen el equilibrio y el orden del devenir cotidiano y si esos síntomas son recogidos, respetados y escuchados por Otro, la relación –*religación*- se instala y cada uno asume la autoridad en la materia que le concierne en el vínculo así creado: el hijo o la hija su autoridad en tanto que tal, los padres y los maestros igualmente, cada uno tiene su dignidad y por lo tanto su autoridad que es reconocida por los otros.

En el campo de la cultura ocurre algo similar, los *síntomas de la curiosidad* interrumpen y tienden a desequilibrar la continuidad de los grupos sociales. Por otra parte, la cultura se comporta como si supiese, y de hecho lo sabe, que los *síntomas de la curiosidad*, son creados por ella misma, que son síntomas del malestar que la cultura crea y, por lo tanto, se siente obligada a ocuparse de ellos y combatirlos, impelida a eliminarlos para mantener el orden necesario, volviendo a ocupar cada uno los lugares que la sociedad ya tiene designados.

La sociedad no te abandona

El corazón se congela

La sociedad se ocupa de que nadie se quede en situación de desamparo y se ocupa de cada ciudadano. Para ello tiene necesidad de generalizar los diagnósticos y también generalizar sus tratamientos y cuidados. Nada despreciable, es su obligación.

Sabemos, por la organización de nuestra sociedad, que la dignidad de los ciudadanos corre a cargo de la política, de la organización social y política, y que la libertad es responsabilidad del sujeto singular.

La intervención diagnóstica según ciertas generalizaciones: TDH, Anorexia, Autismo y muchos diagnósticos más que se realizan sobre niños y niñas, si bien están estudiados según estadísticas y trabajos con deducción científica, tienen un efecto secundario o colateral muy grave y es que *paralizan la curiosidad* singular del niño o de la niña y también de los adultos que encuentran en el diagnóstico la respuesta a muchas de las conductas de ellos y ellas. Lo mismo ocurre cuando frente a un síntoma o expresión metafórica de la curiosidad se hace un juicio de valor, moral o de comportamiento. Cuando se sanciona o se emite una sentencia, se congela la curiosidad, “*Y los niños y las niñas aprenden a no confiar en los adultos*”. La consecuencia lógica de dicha represión no calculada, es que la **insistencia** del síntoma trae aparejados complejos y, sobre todo, sufrientes problemas en las conductas de los niños y niñas y en las relaciones personales.

El deseo de los padres y su ausencia

Acaso, en el principio también, ¿no debemos introducir aquello que el deseo de los padres y las madres engendra en cuanto a la posibilidad de que los niños y las niñas se dirijan a ellos con sus enigmas? Fueron ellos los que se sintieron responsables de responder por los *caprichos* o manifestaciones de cosas necesarias y de las otras manifestadas por los hijos. Se criaron en ese ambiente proporcionado por la curiosidad y saber de los padres y madres.

El deseo de saber, la curiosidad que despierta el deseo de los padres, constituye una impronta trascendental para los hijos.

Con las experiencias que se citan, es posible imaginar las consecuencias que pueden tener lugar por la ausencia de dicho deseo en los padres y las madres que, por circunstancias particulares, *des-cuidan* a los hijos y las hijas delegando el cuidado de los *síntomas de la curiosidad infantil* a los profesionales estandarizados para la salud colectiva. No suele haber especialistas de lo singular; sí existen psicólogos y psicoanalistas, médicos y psiquiatras, profesores y otros preocupados por lo singular.

Insistimos en las dos instancias: 1- que se funda en lo general, “ciencia”, y 2- que acepta la universalidad de lo singular. Nuestra propuesta es sobre los instrumentos para

una integración dialéctica, dialogada, con responsabilidad. Se entiende, responsabilidad es capacidad de respuesta.

La estructura psíquica permite escansiones particulares.

Así como el deseo de los padres empieza por el nombre que eligen para sus hijos e hijas, y que éstos se identifican con ese nombre, *para toda la vida*. Tener un nombre y apellido, le permite inscribirse en muchos lugares en su cultura. El nombre no los condena ni los significa, lo identifica, le inscribe en un linaje como sujeto histórico, y, además, refiere un lugar, primero familiar.

De otro modo puede darse que **se produzcan diagnósticos** basados en estudios estadísticos y científicos a los que el infantil sujeto puede aferrarse, identificándose al nombre diagnóstico: “yo soy un Hiperactivo”, “yo soy un TOC”. Nombre-diagnostico que inmediatamente produce el reconocimiento en la familia y/o en la escuela, y todos y cada uno ya se explican las conductas del sujeto tomando como referencia el nombre que dona el diagnóstico, cosa que en algunos casos puede permanecer *para toda la vida*. Está claro que ello hace de muro infranqueable para explorar síntomas de las diversas manifestaciones del niño o de la niña, puesto que ya “tienen” una explicación “científica”, reconocida por la cultura.

El peligro de un diagnostico aplicado a un sujeto singular, que adquiere su fundamento en las generalizaciones estadísticas, es lo que se llama “confort intelectual”, porque es cómodo, proporciona sosiego, el creer tener una clave para comprender todas las manifestaciones del sujeto. En realidad no se trata de una clave sino de una descripción que, en muchos casos, prescinde de la pregunta o preguntas por las causas singulares. Aquí, si el otro no está, y no lo está precisamente porque al creer conocer no alberga deseo de saber, ¿cómo se llegará a formular el esbozo, el relato, en una interpretación propia? Cómo emerge el sujeto a la existencia, al *sentido de la vida*.

Lo que quiero como conocido, no es lo que deseo conocer

Efectos del deseo de los padres y las madres en la estructura de los hijos

Los niños saben que detrás de lo que piden los padres hay un deseo. Dice Lacan (Seminario 11, pág. 222) que el niño piensa: “*me dices eso, pero ¿qué quieres?*”. Esto es, me dices que quieres esto, pero ¿qué deseas? Esta pregunta se puede escuchar de toda propuesta materna o paterna, y nos da la pista para encontrar el origen *del enigma que significa para el niño el deseo de los padres*, el deseo del Otro. “El sujeto aprehende el deseo del Otro en lo que no encaja, en lo que falta como fundamento de la propuesta: ***me dices eso***, en las fallas del discurso del Otro, y todos los *porqué* del niño no surgen por una avidez de la razón de las cosas, más bien constituyen una puesta a prueba del adulto, un ¿por qué me dice eso? ***re-suscitando*** siempre en lo más hondo qué es el enigma del deseo del adulto.” (Las negritas con mías).

“En las fallas del discurso del Otro” no se escucha que haya una petición, una demanda que sean absolutos, con un fin en sí mismos. Si quieres que coma la comida, se percibe la falla en el por qué deseas que coma. Si quieres que duerma, tú ¿por qué quieres que duerma? En toda demanda siempre hay un tropiezo o una falla, que revela un fundamento a descifrar.

Los niños y las niñas siguen preguntando porque se les ha demandado que pregunten, el deseo de que pregunten ha nacido en el Saber de los padres. Se reedita esta situación en el origen del deseo de saber de los niños y de las niñas.

Dijimos más arriba que la primera pregunta aparece vinculada al deseo del Otro: *¿qué lugar ocupo en tu deseo?, ¿puedes prescindir de mí?* Pregunta que es fuente de los celos como interrogación acerca de *¿qué deseas de otra cosa, ¿qué te causa?, que no soy “yo”?*

“¿Puedes perderme?” El fantasma de su muerte, de su desaparición, si yo desaparezco, ¿qué te falta, qué echarías de menos?, es el primer objeto del desconocido deseo del Otro que el sujeto tiene que poner en juego en esta dialéctica y, en efecto, lo hace como sabemos por muchísimos hechos como la anorexia mental por ejemplo, como rechazo a lo que me pides como necesario, comer, cuando necesito saber de tú deseo: ese es mi deseo.

“Sabemos también que el niño evoca comúnmente el fantasma de su propia muerte en sus relaciones de amor con sus padres.”

Una de tantas coartadas para el síntoma de la curiosidad

Algunas preguntas en relación al deseo del Otro, en relación a *qué significa para ti ese objeto de tu curiosidad, de tu preocupación.*

Un momento de la estructura psíquica que podemos llamar histérico, que es un momento del discurso, un tiempo del vínculo con otro en el que, frente a un enigma, la pregunta desaparece y el sujeto reaparece encarnando una respuesta identificatoria: “me identifico con el objeto de tu deseo creando una escena y un escenario, siendo yo *actor* protagonista de un drama que asumo como propio, como creencia, pero cuestionado de fondo por **no vivirlo, no sentirlo; sólo actuarlo**, representarlo.

Detrás de la escena así creada, en la que se reconoce como otro modo de presentarse el *síntoma de la curiosidad*, está la pregunta por *¿qué significa para ti ese objeto que te despierta curiosidad, deseo?* Hay allí un obstáculo, un impedimento para sostener la pregunta por ese objeto que causa curiosidad y que, por lo tanto, si no tengo la logística necesaria para abordar la pregunta, asumo que no quiero saber nada de mis síntomas y de mis esbozos de respuesta. Defiendo “a muerte” la escena donde actúo por identificación un papel social.

La falta está clara en el tiempo histérico del suceder del sujeto, falta una autoridad con potencia simbólica que sea encarnada por alguien, para poder acercarse a la pregunta y

para contar sus esbozos de respuestas, sus “conjeturas”, al igual que las teorías sexuales infantiles que se separan de la respuesta científica, creando respuestas de deseo, humanas, satisfactorias y propias.

Estos síntomas reclaman ser tratados con cierta urgencia porque se originan cuando se experimenta un particular desasosiego acompañado de una sensación de estar aislado del mundo. La necesidad de existir en el Otro no puede esperar, la sensación de aislamiento, de estar aislado, es insoportable; de la poca esperanza a la desesperación puede haber un paso. Esto hace reflexionar sobre esos imparables, inconsolables y conmovedores “berrinches”, pataleos y gritos, de los que muchas veces somos testigos involuntarios.

Definida lo que significa autoridad y las consecuencias de su ausencia, es importante insistir en lo que acarrea, esto es, los mayores sufrimientos de los niños, y de los adultos. Los gritos —que piden “a gritos”— que alguien tenga la jerarquía suficiente para ampararlos y acoger sus síntomas de desear curiosear. Síntomas frecuentes de este pedido suelen ser los cuestionamientos a la potestad parental o institucional —escuela sobre todo—, las transgresiones frecuentes a las normas, la falta de interés por las propuestas académicas donde se lee un cuestionamiento del tipo “¿para quién voy a aprender *eso*?, ¿quién desea *eso* de mí?... Sí, quieren y me obligan a que estudie, pero ¿qué desean de mí con ese pedido?” Eso y muchas conductas, aparentemente reactivas a las autoridades, son también expresión de la necesidad de contar precisamente con la autoridad de Otro para ser y estar activamente en el mundo.

Madrid. Diciembre de 2017